



Francisco de Zurbarán



El maestro Zurbarán inmortalizó en su *Defensa de Cádiz contra los ingleses* —hoy, en El Prado— el frustrado ataque angloholandés que cerró el victorioso 1625 para la Corona hispánica destinado al Salón de Reinos (Madrid) y en el que resalta en primer término, sentado, su principal hacedor, el comandante general español Fernando Girón; al fondo, se muestran acciones de la lucha. Estas aparecen, igualmente, reflejadas en el mapa superior, neerlandés y del propio 1625.



Hélène Gicquel



Anton van Dyck

A la izquierda, escultura situada frente al Palacio Real de Madrid del soberano español Felipe IV, cuya figura se afianzó con las victorias de prestigio logradas durante 1625, poco tiempo después de heredar el trono; a la derecha, Carlos I de Inglaterra, monarca que impulsó el fallido ataque a la capital gaditana ese mismo año.

LA DEFENSA DE CÁDIZ, 1625

Fue la última victoria española del «año de las maravillas» y desbarató el plan angloholandés de ocupar la capital gaditana

EL *Annus Mirabilis* (1625) de las armas de la Monarquía Hispánica, en que se produjeron la recuperación de Salvador de Bahía (Brasil) de manos holandesas, la ruptura del cerco francés de Génova, la rendición de Breda y el rescate de San Juan de Puerto Rico, también ocupado por las Provincias Unidas, concluyó entre el 1 y el 7 de noviembre con la derrota de una fuerza protestante, formada por navíos y tropas inglesas y neerlandesas, que intentó capturar la ciudad de Cádiz y una flota de Indias que venía de América.

El contexto de todas estas acciones era el de un doble conflicto. Por un lado, la Guerra de los Ochenta Años (1568-1648), que enfrentaba a las Provincias Unidas sublevadas contra su soberano, el rey de España.

Esta vivió una breve tregua entre 1609 y 1621. Se reanudaron las hostilidades, justo, el año en el que ascendió al trono un joven y novel Felipe IV. Su valido iba a ser Gaspar de Guzmán, el futuro conde-duque de Olivares a partir, precisamente, de 1625.

Por el otro lado, España estaba inmersa desde la década anterior (1618) en la Guerra de los Treinta Años, librada en Europa central entre los príncipes luteranos y el Papa, el Emperador y demás estados católicos.

ANIMADVERSIÓN INGLESA

La tradicional envidia y odio de la pequeña Inglaterra —aliada de las Provincias Unidas en la guerra de Flandes— hacia el Imperio Español, hizo que el rey británico Jacobo I declarara en marzo de 1624 la guerra a Felipe IV con la excusa de una derrota protestante

en el Palatinado, territorio alemán al sur de la actual Bélgica.

A ello se unía el despecho del príncipe de Gales, Carlos, quien un año antes visitó Madrid acompañado por el favorito duque de Buckingham, para intentar casarse con la hija menor de Felipe III.

El enlace se frustró al exigir la Corona española la conversión del heredero inglés al catolicismo. No deja de ser irónico que, cuando 24 años después sus

Para mandar la expedición, el mencionado Buckingham impuso a su amigo Edward Cecil, militar y político inglés con experiencia frente a los españoles, puesto que había mandado las tropas inglesas en la Guerra de Flandes.

Antes de partir fue nombrado vizconde de Wimbledon. Su segundo fue Robert Devereux, hijo del general que había saqueado Cádiz en 1596 con fortuna. No obstante, ninguno de los dos tenía experiencia naval.

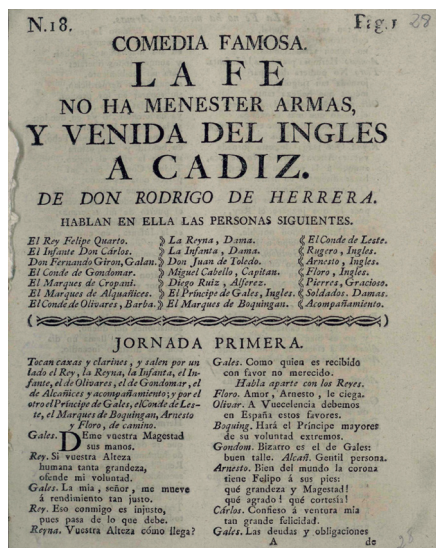
EMPRESA FALLIDA

El resultado fue una expedición precipitada y mal organizada, en la que se eligieron los oficiales por amiguismo y no por su capacidad.

Los buques no eran adecuados y muchos estaban en mal estado. Carecían de cartas de navegación e información sobre las costas españolas. Las tropas no tenían experiencia y su disciplina era escasa. Las dotaciones de marineros fueron reclutadas a la fuerza.

La época del año, además, era climatológicamente mala y la logística era tan deficiente que la munición no correspondía al calibre de las armas. Además, muchas estaban mal fabricadas hasta el extremo de encontrarse mosquetes con el cañón sin barrenar. Las provisiones no llegaban a la mitad de lo planeado, y pronto resultaron incomedibles.

La flota reunió un total de 90 naves, pero sólo nueve eran galeones de la *Royal Navy*, el resto fueron buques mercantes. Entre todas embarcaron unos 5.400 tripulantes, más 10.000 soldados y 100 caballos. Juntas, partieron el 15 de octubre del puerto de Plymouth. En el camino, se unieron a la abultada fuerza quince barcos holandeses bajo el mando de Guillermo de Nassau.



Pieza teatral titulada *La fe no ha menester armas, y venida del inglés a Cádiz*, de Rodrigo de Herrera, obra conmemorativa de la victoria gaditana.

súbditos le decapitaran, lo hicieran en parte acusándolo de veleidades papistas.

Muerto Jacobo I (1625) y aun antes de ser coronado, Carlos I aceleró los preparativos para atacar a España. El objetivo fijado fue organizar, con el apoyo de los holandeses, una gran fuerza naval y terrestre para atacar Cádiz y capturar la flota procedente de América.

Tras una difícil navegación frente a las costas de Galicia y Portugal, donde el temporal desperdigó a la flota combinada e, incluso, hundió un buque con 37 marineros y 138 soldados, los protestantes se presentaron ante la bahía de Cádiz la tarde del primero de noviembre, sábado, para iniciar el ataque, cuyo objetivo previsto era el vecino Puerto de Santa María.



M. J. van Mierevelt



Hélène Gicquel

A la izquierda, Edward Cecil, vizconde de Wimbledon, líder de la fuerza que asaltó Cádiz en 1625; a la derecha el todopoderoso valido conde-duque de Olivares.

veterano de Flandes y de la Armada de la Mar Oceana, y consejero de Estado y de Guerra.

Le auxiliaba Diego Ruiz de la Correa, su teniente de maestre de campo.

Al saber que las tropas de la capital eran escasas y ante la dificultad que suponía desembarcar en El Puerto de

PREPARADA PARA RESISTIR

La capital gaditana estaba bien fortificada. Se habían mejorado sus defensas después del ataque británico de 1596. Por ejemplo, flanqueando La Caleta, se había construido el castillo de Santa Catalina y reforzado el de San Sebastián.

El espionaje español había alertado de las últimas intenciones inglesas de expugnar la plaza, pero, dada su fortaleza, más que un asalto directo se esperaba un desembarco en otro punto de la costa y un posterior intento de sitio.

Así, las tropas en la propia ciudad eran escasas, pero el duque de Medina Sidonia, capitán general de Andalucía, había acantonado más de seis mil hombres, especialmente en Jerez, el Puerto de Santa María, Puerto Real, Rota y Sanlúcar, para poderse desplegar donde fuera menester según los movimientos que hicieran los atacantes.

La defensa de Cádiz estaba al mando de su gobernador, nombrado en febrero al ofrecerse voluntario, Fernando Girón de Salcedo, militar talaverano de 61 años

Santa María, Cecil cambió el objetivo: esa misma noche atacó el fuerte de Puntales, entonces una torre asilada junto a Cádiz; encomendando a los buques holandeses actuar en vanguardia.

Los británicos, que les seguían, dejaron sin apoyo a los neerlandeses frente a la artillería española.

Solo al amanecer y después de que dos naves holandesas fueran hundidas, Cecil logró que sus hombres le obedecieran y entraran en combate. No obstante, tuvo que interrumpir el ataque porque

Annus Mirabilis



PINTURAS representativas de las victorias españolas de 1625, anteriores a la exitosa defensa de Cádiz frente a ingleses y holandeses a primeros de noviembre del citado año, denominado en su momento como Annus Mirabilis, es decir, «Año de las maravillas».

Entre el mes de marzo y el día de Todos los Santos, la monarquía de un joven y primerizo en el arte de gobernar Felipe IV —y su todopoderoso valido, Gaspar de Guzmán y Pimentel Ribera, conde-duque de Olivares— lograron media decena de éxitos militares de prestigio internacional que cimentaron el incipiente reinado del monarca, apodado con el tiempo, «el rey planeta».

Por orden cronológico —de izquierda a derecha, sobre estas líneas—, las victorias que jalonaron el brillante año fueron: la Recuperación de San Salvador de Bahía (marzo), pintada por Juan Bautista Maino; el socorro de Génova por el marqués de Santa Cruz (marzo-abril), por Antonio de Pereda; la rendición de Breda (junio), de Diego Velázquez; y la recuperación de San Juan de Puerto Rico (septiembre), interpretada por los pinceles de Eugenio Cajés.

Todos estos cuadros se pueden contemplar hoy en el Museo del Prado, vecino al Salón de Reinos del Palacio Real del Buen Retiro —el antiguo Museo del Ejército—, para cuyo ornato fueron encargados.

los artilleros ingleses causaron más destrozos a su propia vanguardia que al fuerte español.

Al amanecer del día 2, tras empeñar a toda su flota, el inglés logró vencer la resistencia de Puntales, cuya guarnición, al mando de Francisco Bustamante, salió con honores.

EL DESEMBARCO

Sin poder acceder al interior de la bahía ni a La Carraca, puesto que los españoles hundieron cuatro urcas para impedir el paso precisamente en el estrecho entre Puntales y Matagorda, Cecil desembarcó durante la mañana unos 9.400 hombres que comenzaron a desplegarse por el istmo de unión entre Cádiz y la Isla del León, avanzando la mayoría hacia la Almadraba de Hércules, camino de San Fernando.

Girón, por su parte, reforzó Cádiz con 4.000 soldados llegados de Chiclana y Vejer en las galeras del duque de Fernandina que operaba en la zona.

Con ese apoyo, Diego Ruiz comenzó el lunes 3 a hostigar desde la ciudad a los enemigos desembarcados. En paralelo, Luis Portocarrero, corregidor de Jerez, al frente de 2.300 hombres, con artillería, avanzó hasta el puente Zuazo que da acceso a la isla salvando el caño de Sancti Petri.

Cecil temió verse atenuado entre las fuerzas procedentes de Jerez y de Cádiz. Tomando la iniciativa, avanzó desde la Almadraba de Hércules hacia Portocarrero con 8.000 hombres, buscando entablar batalla, mientras que mandaba los restantes 1.400 hacia Cádiz.

Sin embargo, los mandos españoles supieron esperar, evitando el contacto dada su inferioridad numérica.

Después de un avance errático, Cecil descubrió que carecía de provisiones para sus tropas, que llevaban más de un día sin comer. La falta de mando y coordinación logística había hecho que



Hélène Gicquel

Las galeras del duque de Fernandina, semejantes a la *Real* de Juan de Austria en Lepanto (arriba), lograron atravesar la flota atacante para llevar tropas y alimentos a Cádiz; debajo, un ejemplo de buque holandés, aliado de los ingleses en el choque gaditano.



H. C. Vroom

los suministros desembarcados en Puntales volvieran a los barcos, sin que nadie se ocupase de reclamarlos.

Por contra, Cádiz, que había aumentado exponencialmente su guarnición, fue abastecida desde Sanlúcar por buques que atravesaron a cañonazos, con el apoyo de las baterías de la ciudad, la flota enemiga. Otras embarcaciones suministraron alimentos desde La Carra-

ca, descendiendo por el caño de Sancti Petri a mar abierta y arribando a La Caleta.

Azuzados por el hambre, los soldados ingleses asaltaron los caseríos próximos. No encontraron mucha comida, pero sí gran cantidad de barriles de vino almacenados en espera de la llegada de la flota de Indias. Totalmente ebrios, se amotinaron contra sus mandos.

A la vista de su situación, Wimbledon dio por perdido el *match* y, en la mañana del día 4 de noviembre ordenó el repliegue hacia Puntales. En la retirada dejó atrás unos 100 hombres incapaces de seguirle por su estado de embriaguez que fueron capturados por los españoles.

LA VICTORIA

El jueves 6 las fuerzas inglesas, ya concentradas, comenzaron el reembarque en sus naves, hostigadas por tropas llegadas de Cádiz y el puente Zuazo. El viernes 7, salieron a toda vela.

Numerosos efectivos españoles quedaron en la zona de la bahía por si los aliados protestantes intentaban un nuevo golpe, que no llegó.

La flota enemiga se retiró y aguardó junto a la costa sur de Portugal la llegada anunciada de la flota de Indias, aunque Cecil terminó desistiendo ante las malas condiciones de sus naves y partió hacia Inglaterra el 26 de noviembre. Tres días después, la flota de América arribó a Cádiz sin novedad.

Durante el regreso, los holandeses, hartos de sus aliados, abandonaron a su suerte a los buques ingleses. Estos, carentes de comida y con el agua corrompida, azotados por los temporales y con muchos enfermos, fueron llegando dispersos a las costas inglesas e irlandesas a lo largo de varios meses. Se estima que la expedición de Cecil tuvo un balance de siete mil muertos y 62 naves perdidas.

Alfredo Florensa